III

Enrique Panzacchi.—Carducci.—Luis Rasi.—Antonio Fogazzaro.—Pablo Fambri.—Jacinto Gallina.—León Fortis.

El tipo opuesto de Stecchetti, por más de un concepto, es Enrique PANZACCHI, boloñés de cuerpo y alma, popularísimo en su ciudad, bien querido de todos—una figura de robusto coronel de artillería retirado, de índole expansiva tan impetuosa y ruidosa como la de los cómicos, pero sincera, nacida de una verdadera y profunda bondad. Es uno de los *charladores* más variados y más amenos que he conocido, capaz de teneros á la mesa desde las siete de la tarde hasta las tres de la madrugada, pasando de una discusión musical á una disquisición filosófica, á una anecdota bufa, á un ensayo de imitación mímica, á una confidencia paternal—todo esto interrumpido

de cuando en cuando por imprevistos estallidos de beatífica hilaridad infantil—sin que lleguéis á sentir ni el más leve asomo de cansancio.

Una de sus más hermosas facultades es una elocuencia vasta y fluída, sostenida por una potente voz de barítono que fluye como un río majestuoso. Su fama oratoria fué motivo, hace años, de un accidente doloroso para él; un vanidoso de Bolonia, medio loco, que solía arengar al pueblo, contrariado de oir hablar siempre del orador Panzacchi, que le disputaba la primacía de la elocuencia, le agredió una noche por sorpresa, y le apaleó tan fuertemente, que tuvo que guardar cama varios días.

No mucho tiempo después el agresor se arrepintió y le pidió perdón, y al mismo tiempo un empleo: Panzacchi le concedió lo uno y le procuró lo otro. En este rasgo está todo el carácter bonachón del hombre.

Es tolerante con todas las opiniones, cuenta con fieles amistades en todos los partidos, sabe estar bien con todos; pero es conservador y monárquico hasta la médula de los huesos. Hace años dedicó la colección completa de sus poesías á la Princesa

Letizia. En estos últimos días se adhirió plenamente á la política de Crispi. Y no se puede dudar de la sinceridad de sus convicciones. Pero la política no fué, ni podía ser nunca, su preocupación principal. Es demasiado profundo y exquisito artista para dar más importancia á un programa ministerial que á un nuevo libro de versos ó á una ópera nueva. Y siempre preferirá un asiento en el teatro municipal que en los escaños de la Cámara de Diputados.

***

Como boloñés debemos considerar al toscano Giosué CARDUCCI, el cual ha declarado ya que no puede vivir fuera de Bolonia, y que en Bolonia morirá. Su figura es de lo más extraño que puede imaginarse. Físicamente es hombre de escasa talla, sería imponente y hasta hermoso en su conjunto de belleza salvaje, si tuviera un palmo más de estatura. Su voluminosa cabeza de espesos y crespos cabellos, sus ojos obscuros y profundos, su boca enérgica y altiva y sus bruscos movimientos, y el accionar y el acento, todo en él es rudo, imperioso y casi amenazador.

Mantegazza ha dicho que del rostro de Carducci, en un acceso de ira, surgen fulgores, y en esta aduladora hipérbole hay algo de verdad. Pero el poeta tiene algunas veces relámpagos en los ojos y fugitivas sonrisas que dan á su rostro una expresión de extraordinaria dulzura. Jamás le he visto sino tranquilo y sonriente; no conozco al Carducci encolerizado. Lo vi por primera vez en un apartado rincón de una de las más modestas cervecerías de Bolonia, donde acostumbraba á pasar la velada con tres ó cuatro amigos bebiendo *Chianti* y fumando medios cigarros toscanos. Su pronunciación es siempre toscanísima; sus gustos sencillos, selváticos, como él mismo los llama, jamás se cambiaron; vistió siempre como un maestro de escuela. Creo que todavía, hoy mismo, estudia catorce horas diarias. Más de diez años hace que no le veo; en estos últimos, á juzgar por los retratos, le encuentro muy mudado; tiene una expresión de tristeza algo concentrada que me parece que no tenía cuando lo conocí.

Creo, sin embargo, que todavía no llega á los sesenta. No sé si escribirá aún algo que sea grande y duradero; pero de seguro

dejará escrita para la posteridad la historia íntima y razonada de su conversión á la fe monárquica y á la idea de Dios, de cuya sinceridad no dudo lo más mínimo, porque no es posible atribuirle ningún segundo fin razonable; y ciertamente será esta historia una de las páginas más originales y más útiles que hayan brotado de su maravillosa pluma.

***

Puesto que estoy en la Romaña debería hacer un apunte del poderoso y temerario novelista Alfredo Oriani; pero tendré que prescindir de él porque nunca pude satisfacer mi vivísima curiosidad de conocerlo personalmente. En su lugar presentaré á Luis Rasi, el cual merecería la fama de que goza, aunque no hubiese escrito otra cosa que aquel delicioso monólogo *La Ordinanza*, que Ermete Novelli debe haber recitado muchas veces en la República Argentina y en todas partes.

Este hombre es una prueba viva de la verdad siguiente: que para formar un gran actor dramático, la cultura contribuye en una parte mínima. Luis Rasi, en cambio, fué un actor dramático poco más que me-

diocre, y es literariamente, cultísimo. Lo conocí cuando formaba parte de la compañía Pietroboni. Comenzó á adquirir fama con sus conferencias sobre los poetas latinos y con alguna que otra poesía italiana llena de gusto clásico. Luego fué nombrado director de la escuela de declamación de Florencia, donde se encuentra todavía.

Allí escribió su *Libro dei monologhi* que llegó á ser popular, y el *Libro degli aneddoti*, que hizo reir á media Italia. El autor de *La Ordinanza*, alma capaz de los más profundos y cariñosos afectos, está dotado de un espíritu cómico más bien único que raro, el cual no se manifiesta lo más mínimo en su rostro menudo y desmedrado de galán joven, rubio y sentimental. Y este talento único se significa principalmente en la imitación. ¡Cuántas veladas inolvidables he pasado en su compañía, viéndole imitar con maravillosa perfección á Ernesto y César Rossi, á Bozzolo, á Peracchi, á Salvini, y hasta á las actrices más célebres, á todos los autores dramáticos más en boga, desde Paolo Ferrari hasta Felice Cavallotti!

Cerrando los ojos hubiera jurado oir la

voz de ellos, y hasta el ruído de sus pasos y de su respiración; antes se cansaba su auditorio de reir á carcajadas que él de variar y prolongar el espectáculo, revelando á cada instante nuevas maravillas de observación y reproducción. No llego á comprender cómo este artista dotado de tan variadas y espléndidas facultades, no haya conseguido representar bien una comedia entera.

Quizás le apartan de intentarlo los éxitos familiares que todos los días alcanza donde quiera que se presenta. El caso no es raro. Es una de esas naturalezas entre perezosa y modesta, que se contenta con la gloria en moneda menuda, por terror á los riesgos de los papeles de más empeño.

*
* *

Pasando al Véneto, el primero que se me presenta es Antonio FOGAZZARO, poeta y novelista, del cual se dijo con justicia que «trata al arte como á una gran señora». Su aspecto y sus maneras son señoriles como su arte, y en su rostro se trasluce á primera vista, como se siente tam-

bién en su voz á las primeras palabras, la bondad exquisita y profunda de su alma; bondad fortificada por una firme fe religiosa, é iluminada por una vasta y variada cultura. La riqueza le ha dado y le da medios de dedicar á todos sus trabajos muchísimo tiempo; y no puede menos de reconocerse esto en lo admirable y acabado de su estilo y en la grave madurez de su pensamiento. Hace años que procura con asiduos estudios conciliar en su corazón y en su inteligencia la religión y la ciencia, y sobre este arduo problema ha escrito páginas, que quizá habrán persuadido á pocos, pero que han hecho pensar á muchísimos. Pertenece á la familia de los socialistas cristianos, pero entre ellos ocupa puesto aparte, y tiene el raro mérito de llevar sus ideas á la práctica en beneficio de los que cultivan sus tierras. No lo conocí personalmente sino hace pocos años. Dejó en mi alma una impresión dulcísima. Quedé encantado de la elevada serenidad de su espíritu, de la suavidad casi femenil y al mismo tiempo poderosa de su palabra reposada y limpia, y de la tranquila seguridad de su fe.

Era feliz en aquellos días porque había

llegado á poseer la fotografía del cadáver de una hija suya, en cuyo rostro de serenidad angelical aparecía como reflejo de la aurora de una nueva vida. En aquella fotografía había escrito: *In lumine vitæ*. Había venido entonces á Turín para dar una conferencia sobre el poeta Giacomo Zanella, y había fascinado á su auditorio, compuesto en gran parte de las señoras más instruídas de la ciudad. Es uno de esos raros escritores, cuya persona, voz y maneras se corresponden tan perfectamente con el espíritu de sus obras, que cuando sus admiradores le ven y le escuchan por primera vez, caen en la ilusión de haberlo visto y escuchado ya antes en algún sitio y ocasión que no recuerdan.

No conozco otro escritor italiano de mi generación más digno que él de ser puesto, no digo próximo, sino al lado de Alejandro Manzoni.

*
* *

Por afición al contraste, paso de repente á Pablo FAMBRI, á aquel á quien Carducci llamó «El gran Voltaire de las lagunas», en otro tiempo Capitán de Ingenieros, lue-

go periodista, Diputado é Ingeniero, autor dramático y empresario de construcciones, escritor de Jurisprudencia y de Filosofía, epigramista agudísimo y tirador de esgrima de primera fuerza.

Hoy tiene ya muy cerca de los setenta años; podría quitarse diez lo menos y todo el mundo lo creería.

Sus enemigos políticos le llaman Polifemo.

Más propio sería llamarle el Sansón de la literatura italiana. Es un coloso, dotado de una fuerza prodigiosa, que os trituraría los huesos de los dedos al estrecharos la mano, sin hacer el más mínimo esfuerzo. Pero de aquel ancho pecho de bronce, que podría sostener una pieza de artillería, brota una risa franca y juvenil, en la cual se siente la cordialidad y la alegría de una naturaleza humana. Si como pensador y como artista tiene un defecto, el de buscar algunas veces la originalidad, cuando para ser original no tiene más que seguir su naturaleza, en la conversación, sin embargo, tiene todos los atractivos y ninguno de los defectos del escritor. Expresa todos sus pensamientos en una forma exclusivamente suya, conceptuosa é incisiva, sirviéndose

de las comparaciones más inesperadas, y ayudándose con arte ingeniosísimo de todos sus variados conocimientos, de tal modo, que hasta en un breve discurso suyo y sobre el asunto más sencillo, sentís el sabor del poeta, del soldado, del matemático, del hombre de negocios y del maestro de esgrima.

He dicho del hombre de negocios; pero en realidad los negocios le rindieron todavía menos beneficios que la literatura, pues ya en edad avanzada, después de especulaciones nada felices, tuvo que volver á agarrarse al duro trabajo del periodista para proveer á sus necesidades y á las de su familia. Pero volvió á esta tarea del periodismo con una fuerza de ánimo parecida á su fuerza física; y de ésta se sirvió defendiendo á los débiles y confundiendo á los prepotentes. No hace mucho que en una plazuela de Venecia tomó la defensa de una mujer contra un mandadero hercúleo que quería pegarle. El mandadero, que no lo conocía, le dijo para provocarlo á «singular combate» que también le iba á pegar á él. Fambri lo agarró por un brazo y le dió una sacudida —una simple sacudida— á guisa de amistosa advertencia, y bastó. La

mujer pudo marcharse tranquilamente, y tranquilamente se fué también el mandadero.

*
* *

También por afición al contraste pongo al lado del enorme Pablo Fambri al pequeño Jacinto GALLINA, gloria del teatro veneciano en dialecto y amor de todos los corazones nobles de la Península. Sus grandes bigotes negros de sargento de caballería son un simple espanta-pájaros, desmentido por la dulzura de sus ojos reflexivos y tímidos, semejantes á los de un niño enfermizo por excesiva precocidad de talento. Su timidez, su facilidad para confundirse y perder el habla y hasta la conciencia de sí mismo, ante personas con quienes no tiene familiaridad, llegan hasta los límites de lo increíble, y harían reir de todo corazón, si no se viera claramente que van acompañadas por un vivo sentimiento de pena.

Citaré un ejemplo curiosísimo.

Le acompañé el año pasado á ver al alcalde de Turín, Melchor Voli, quien le rogó que escribiera unas palabras como dedicatoria en un retrato suyo, que un fotógrafo de Venecia le había enviado de regalo. En

el acto de escribir, Gallina estaba tan confuso por la presencia de la primera autoridad municipal, que, habiéndome preguntado el nombre de pila de Voli, estuvo á punto de escribir: *A Melchor Gioiá*, el famoso economista, en vez de *Melchor Voli;* ya había escrito la G del apellido, y apenas si tuve tiempo de advertírselo antes de que fuera imposible la corrección. Y salió del municipio avergonzado, furioso contra sí mismo, diciendo que se iba á quedar sin seso, y que estaba destinado á morir en un manicomio.

Y tal se muestra en todas las circunstancias análogas. Jamás ha conseguid pronunciar diez palabras de agradecimiento en ninguno de los cincuenta banquetes de honor con que le han obsequiado. No consiguió salir del paso más que abrazando y besando á los comensales, con lágrimas en los ojos... pero con la boca cerrada. Y la modestia que tiene en su ánimo la tiene en su vida. Vive como un pobre diablo. Es capaz de hacerse su comida en el cuartito que toma en alquiler en un quinto piso, en las grandes ciudades donde se aplaude diez noches seguidas una nueva comedia suya. Come lo mismo que un pájaro; parece que no vive sino con cigarros virginia.

El año pasado el municipio de Venecia le fijó una pensión anual de 2.500 pesetas; fué necesario una gran insistencia por parte de sus amigos para que la aceptara: le parecía que iba á arruinar á la ciudad de los Dux.

No creo que de esa pensión éntre un duro en su bolsillo. Morirá pobre y tímido como ha vivido, pidiendo perdón por la molestia á los últimos amigos que vayan á visitarle, y arrepintiéndose de haber tenido la gloria de poeta dramático sin merecerla.

Tiene un solo defecto grave: el de la tardanza en escribir. Cuando contesta á una carta, lo hace á los seis meses. Pero en compensación tiene esto de bueno: durante cinco meses y medio, todos los días, cada vez que ve la carta, se pega con los puños en la cabeza y exclama con sincero remordimiento:—¡Y todavía no he contestado! ¡Pero esto es una villanía, una vergüenza! tras de lo cual exhala un suspiro, y vuelve á guardar la carta... sin contestarla.

***

León Fortis, veneciano de nacimiento, que ha pasado casi toda su vida en Milán, es el autor de aplaudidos dramas, y fundador del no menos afortunado periódico político *Il Pungolo,* que fué por muchos años el de mayor circulación en Lombardía, como él fué el periodista más brillante de Italia.

¿Quién hubiera pronosticado jamás, en los buenos tiempos de su ruidosa popularidad, cuando cada polémica suya era un triunfo, y le llovía el oro sobre la cabeza, que iba á concluir en la modesta *sine cura* de redactor de la *Gazzeta Ufficiale?*

Y así es. La pluma le había hecho rico, pero la afición á la vida espléndida, y principalmente á las espléndidas cenas, y la generosidad de príncipe (justicia es reconocerlo así), le redujeron á la pobreza. Pero en las varias alternativas que pasó de esplendores y de estrecheces, ya rodeado de una corte de parásitos, ya perseguido por una turba de acreedores, se conservó siempre el mismo: alegre, despreocupado, cordial, lleno de esperanzas y de valor. Sus principios políticos le tuvieron siempre de parte de los hombres de orden; sus simpatías de artista le inclinaron siempre al lado opuesto. Él fué quien escribió el primer artículo entusiasta sobre las poesías de Lorenzo Stecchetti, él quien hizo la más

conmovedora necrología de Emilio Praga, escandalizando á sus amigos *moderados*.

Como director de periódico y como crítico de arte, como maestro de jóvenes periodistas y protector activo de ingenios principiantes ó desconocidos, fué verdaderamente incomparable é hizo grandes beneficios. Su estilo es superabundante y burlón con frecuencia, pero lleno de vida, ardiente á veces, con un sentimiento profundo y chispeante de imágenes y de felicísimas agudezas. Muchos de sus epigramas llegaron á ser célebres, como aquel referente á un autor dramático:

«Recita tan bien, que parece comprender lo que dice.»

Su figura no corresponde á su índole: su aspecto está entre el de un fino diplomático y el de un grande industrial. Pero su accionar y sus maneras, eso sí, están perfectamente conformes con su naturaleza: son las maneras de un gran señor, saciado de todas las dulzuras de la vida, y que no sabe ya dónde tirar el dinero.

Sin embargo, no es preciso más que estimularlo ligeramente, y debajo del gran señor aburrido y soñoliento, salta todavía el periodista vigoroso, el crítico penetrante, el artista entusiasta, el conservador rebosando brío, recuerdos, pensamientos, ideas. No es la última de sus bellas cualidades la de haber querido inmensamente, con una devoción de toda la vida, probada con la pluma y con hechos en mil ocasiones—hasta en el lecho de la muerte y después de ésta,—al príncipe de nuestros comediógrafos, al lamentado Pablo Ferrari.